

Ser joven, hoy...

■ "Más sabe el diablo por viejo que por diablo", dice el adagio popular y el refrán ha sido repetido a través de los tiempos como contundente prueba de la sabiduría de los mayores.

La lógica que existe tras este argumento parece sólida e irrefutable. Quien ha vivido más, ha acumulado más experiencias y ella, como también lo afirma otro refrán, es "la madre de las ciencias". Además, el hombre o mujer maduros han sido jóvenes y, por lo tanto, conocen lo que en esa edad sucede, en cambio el hombre joven no ha conocido la madurez de la vida y, en consecuencia, no puede aconsejar al maduro como éste puede y debe hacerlo con el joven.

No es por un simple prurito de llevar la contra, que a mí me parece que esta perfecta lógica no corre en los días que vivimos. Tengo la impresión que los refranes que avalan este razonamiento, están —por decir un término en boga— obsoletos.

Veamos. Todo lo dicho con anterioridad para reafirmar la sabiduría del hombre de edad es cierto si se considera que la vida es un ciclo que se repite con circunstancias semejantes. Cuando el mundo y la civilización evolucionaban lentamente, la experiencia de una generación servía a la otra.

Pero no me parece que sea el caso del tiempo presente. Los cambios que ha experimentado la humanidad en los últimos veinticinco años son de tal calibre, que bien se puede decir que el hombre que ha sobrepasado los cuarenta años le tocó vivir circunstancias históricas y culturales totalmente diferentes a las que le corresponde vivir al joven quinceañero de hoy y, aún, del que inicia la veintena.

Por mucho que uno lo intente, es imposible ponerse en pellejo de un joven de hoy. Sus circunstancias son diferentes. Los avances en el campo científico y tecnológico permiten vislumbrar un mundo que la generación anterior ni siquiera soñó. Con el per-

feccionamiento de las comunicaciones el globo terráqueo se ha empequeñecido; las empresas han sobrepasado las fronteras nacionales y se convierten en monstruosas e impersonales corporaciones que extienden sus actividades por doquier; ideologías que hace veinte años parecían estructuradas para enfrentar el curso de la historia y que abonaban el idealismo juvenil, hoy son parte de una experiencia gastada o buscan con parches y remiendos sobrevivir en un mundo que ha seguido un curso diferente al previsto.

Y cuando pretendemos buscar signos más sólidos, de aquellos que traspasan los años y permanecen incommovibles, advertimos que la implementación de la moral, cualesquiera que sea la forma que ella se apellide, ha cambiado tan sustancialmente, que al hombre maduro no le queda otro camino que cerrar los ojos, o bien, escandalizarse estérilmente.

¿Qué sabe un hombre de más de cuarenta años del desafío que significa ser joven en nuestro tiempo? ¿Qué consejo puede darle al hijo que percibe el mundo que le tocará actuar en forma tal que el padre ni lo imagina?

Me temo que ninguno.

Después de las fuertes mutaciones que ha tenido la historia contemporánea de Chile ¿qué significará ser joven, hoy, en Chile? ¿Será propicio para el idealismo o para el cinismo? ¿Será caldo de cultivo para la rebeldía o para el conformismo?

Cualquiera que sea la respuesta que me quiera dar a estas preguntas, confieso que ellas están impregnadas de prejuicios. Las circunstancias de ser joven hoy, son diferentes a las que a mí me tocó vivir.

Decididamente, en nuestros días, el diablo sabe más por diablo que por viejo y la juventud debe buscar su camino por sí sola.

Y, quizás, pensándolo mejor, siempre ha sido así.